

era especial, y consistía en conmemorar alguna solemne fiesta.

181. Tertuliano describe admirablemente los agapes: «Como nosotros, dice, vivimos unidos en espíritu y corazón nada tenemos propio; todo es común, menos las mujeres; no es, pues, extraño que esta amistad sea causa de que nuestros convites sean comunes; el nombre de nuestras cenas declara su objeto, se llaman Agapes, que significa en griego caridad, socorremos con ella á los necesitados; allí no se sufre bajeza, ni inmodestia alguna, ni nos ponemos á la mesa hasta haber hecho oración á Dios; se come lo preciso, y se bebe en cantidad que no pueda producir alguna impureza; se come de modo que queden los sentidos expeditos para hablar con Dios y consideramos en nuestras conversaciones que Él nos oye. Después de lavarnos las manos y encender las luces, nos convidamos unos á otros á cantar las divinas alabanzas, las que, ó bien hemos sacado de las Escrituras, ó nosotros mismos hemos compuesto; allí se manifiesta si alguno se ha excedido en la bebida.

Concluído el convite con la oración, nos separamos, no para cometer insolencias y torpezas, sino con modestia y decoro» (1).

Esto que acabamos de oír de boca de Tertuliano, lo ampliaremos nosotros, añadiendo algunas autoridades que lo confirman y haciendo algunas reflexiones. Es cierto, como hemos demostrado, que los agapes se celebraban después de participar de los sagrados Misterios, salvo raras excepciones que ya quedaron apuntadas. También dejamos referido, que los fieles, después del Sacrificio, eran despedidos de la Iglesia por los diáconos; por lo cual ocurre preguntar, ¿cuándo tenían lugar estos convites? Algunos Padres son de opinión, que los fieles, terminado el Sacrificio, iban á sus casas, por el tiempo que los diáconos y acólitos tardaban en conducir la Eucaristía á los ausentes y luego se reunían en la misma Iglesia ó lugar inmediato y

(1) Apologe., cap. 39.

celebraban convites. Semejante práctica variaba según los lugares, pues S. Juan Crisóstomo asegura que los cristianos no salían de la Iglesia sino terminados los agapes. He aquí sus palabras: «Los fieles todos, después que hubiesen oído la doctrina, después de las oraciones, luego de la Comunión de los sacramentos y acabado el sermón, no volvían á sus domicilios, sino que los más ricos y potentados, trayendo alimentos de sus casas, llamaban á los pobres y hacían una mesa común, comían unidos y celebraban los convites en la misma Iglesia (1)».

No empezaban los mencionados convites sin hacer antes oración al Dispensador de los bienes. Terminada ésta, dice Philón, los más ancianos se sentaban á la mesa, después los que estaban constituídos en mayor dignidad y así sucesivamente los hombres, los niños y las mujeres; éstas permanecían separadas de aquéllos; no se tenían envidia unos á los otros, porque conocían perfectamente que lo que con mayor razón podían envidiar era la santidad de los más perfectos. No había ningún siervo ni criado, porque los que servían á la mesa lo ejecutaban con una prontitud y alegría de ánimo que causaba en los demás un vehemente deseo de servir.

Los manjares que se ponían en la mesa eran diversos, según las localidades, pero se ha de convenir que entre los fieles había una frugalidad que llamaba la atención. Philón, (2) que habría visto ú oído el modo de portarse los cristianos, refiere su parquedad en estos términos: «No se presenta vino, sino agua clara y fría, y sólo con los delicados se condesciende en que la beban caliente; la mesa está limpia de manjares opíparos; por comida se pone pan, y sal por otras viandas...» Esto, que más bien parece una colación de ayuno que un convite, no se observaba en todas partes del mismo modo, y en mi concepto los que practicarían lo que dice Philón serían los menos, porque los ricos eran los que pagaban los gastos de la comida, y creo yo

(1) Serm. super epis. I ad Cor., 12.

(2) Sup. vit. Christ.

que no presentarían solamente en la mesa lo que diariamente tenían los pobres, antes bien, proporcionarían manjares y bebidas que, sin desdecir del espíritu y templanza cristianos, valiesen la pena de presentarlos á una decente mesa y más todavía de alegrar á los pobres con la variedad de los manjares, de que ellos carecían. Así debería suceder, según se desprende de Tertuliano y Teodoreto (1) y lo afirma S. Agustín: «En nuestros agapes, dice éste último, comen los pobres, ora yerbas, ora carnes» (2). Estas carnes, el pescado, las frutas y varias veces el vino, era lo que más comúnmente se usaba en los agapes. En algunos lugares, los ricos, dejándose llevar de su largueza, abusaban del modo regular de celebrar tales convites; ora presentando demasiados alimentos, ora costeándolos muy delicados, por cuyo motivo se queja Clemente de Alejandría (3) de que convertían los agapes en suntuosos banquetes, reprendiendo al propio tiempo á los que en esto se excedían y diciéndoles que pretendían alcanzar las promesas de Dios con unos convites que le deshonraban.

Presidían la mesa los obispos ó presbíteros, quienes proponían á los comensales alguna cuestión relativa á las Sagradas Escrituras, á fin de evitar las murmuraciones y contiendas que en estos actos suelen originarse; hablaban los más ancianos y caracterizados, reservando en todas las ocasiones la conclusión para el prelado ó presbítero; todos los demás guardaban absoluto silencio. Terminado el convite, el presidente entonaba un himno entresacado de las Escrituras, ó de los documentos de sus mayores; y todos los fieles, colocados á dos coros, el sexo guerrero á la derecha y el débil á la parte contraria, respondían al himno en el mismo tono, formando un contraste encantador.

182. No todos los días, ni todos los domingos tenían lugar los agapes, sino que se ceñían únicamente á cuatro órdenes de fiestas; por eso eran llamados *agapes natali-*

(1) In I ad Cor.

(2) Lib. contra Faust. XX, 20.

(3) Lib. II del Pedagog. ó Maest.

cios, conubiales, funerales y dedicatorios, á los cuales se podía añadir otro género de convites que se celebraban las víspera del martirio de los cristianos. De los tres primeros da noticia S. Gregorio Nacianceno (1). Los natalicios se llamaban así, porque se celebraban en los aniversarios del día en que los mártires dieron la vida por Jesucristo y entraron en la vida inmortal: los conmemoraban dentro de los templos. De ellos toma motivo Teodoreto (2) para hacer notar la diferencia que existía entre los banquetes impuros de los paganos y la inocencia que reinaba en los convites de los cristianos. El segundo género de agapes tenía lugar el día de las bodas de un matrimonio cristiano; á éstos eran convidados los sacerdotes, si es que se trataba de las primeras nupcias; lo contrario, si de las segundas. Los llamados funerales se celebraban el día de las exequias de un cristiano. «Nosotros, decía Orígenes (3), celebramos el día de la natividad de los cristianos, esto es, el día de su muerte, porque viven perpetuamente en el cielo». S. Juan Crisóstomo (4) y otros Padres hacen también mención de ellos: en esta clase de agapes se convidaban con más especialidad á los pobres á fin de darles un consuelo más abundante, como se ve en el que dió Pammaquio en Roma con motivo de los funerales de Paulina, hija de Sta. Paula (5). Al cuarto género, pertenecían los dedicatorios; se denominaban así, porque se verificaban en el aniversario de la dedicación de las Iglesias. Finalmente, la cena pública que se celebraba la víspera del martirio de los cristianos, era, como afirma el cardenal Wissemán (6), un verdadero agape. Como los paganos toleraban que los cristianos entrasen en la cárcel la víspera del martirio de un confesor, congregábanse en ella ricos y pobres, conocidos é ignorados del futuro mártir, para darle la última despedida, y al propio tiempo cele-

(1) De vitæ different.

(2) Evang. verit. lib. 8.

(3) In Job. lib. 3.

(4) In Math. hom. 33.

(5) S. Paulinus, ep. 11.

(6) Fabiola.

braban con mucha alegría la denominada *cena libre*. Allí tenían lugar las escenas más conmovedoras. Véase por un lado la constancia sublime del mártir, y de otro la pena grande que sentían sus hermanos en la fe por la futura muerte del encarcelado: el anhelo de éste por padecer y morir, y la envidia santa de sus hermanos porque no les había tocado una suerte semejante; quienes se alegraban, porque esperaban tener un protector más en el cielo, y quienes se entristecían naturalmente al contemplar el rostro del que estaba preso por amor de Jesucristo; á todos, dominaba un sentimiento tierno que embargaba sus almas y que á nosotros es difícil explicar.

183. Se ve por una triste experiencia que las instituciones más santas, cuando son invadidas por miembros indignos pierden su brillo, decaen de aquella pureza que en su estado primitivo las ennobleciera y se hacen acreedoras á ser extinguidas; mas nótese que en tal caso no son dichas instituciones las que desdicen de su carácter, sino los que, desviados de su buen espíritu, se cobijaron bajo su sombra. Esta desgraciada suerte recayó en aquellos santos convites. Animados en un principio del cristiano espíritu, fueron paganizándose con el abuso de los imperfectos fieles que los celebraban. El Apóstol (1) reprendió ya en su tiempo á los ricos de Corinto, porque en lugar de llevar á la Iglesia sus viandas y repartirlas entre los pobres, practicaban lo primero sin ejecutar lo segundo; de aquí el que los pobres estuviesen hambrientos, mientras los potentados se saciaban con abundancia; por eso les decía S. Pablo que comieran de este modo en sus propias casas. Semejante abuso parece que cesó, y los agapes llevaron un curso más que regular durante los dos primeros siglos; pero en el tercero comenzaron á introducirse en algunas localidades determinados escándalos, relativos á la comida y bebida excesivas, y á los manjares demasiado costosos. Contra estos abusos levantaron su autorizada voz al-

(1) I ad Cor.

gunos Padres de la Iglesia, como S. Gregorio Nacianceno (1), S. Ambrosio que los suprimió, S. Agustín que, siendo sacerdote, movió al obispo Valerio á que imitase esta conducta en Hipona, y otros. Además, el Concilio de Laodicea (2), por su parte, prohibió se celebrasen en el interior de los templos. Así fueron desapareciendo paulatinamente los agapes, aunque S. Gregorio el Grande los permitió á los ingleses recién convertidos, en la dedicación de sus Iglesias.

184. Debemos observar que la palabra *comuni6n* era en la antigüedad aplicable no sólo á la participaci6n de la Eucaristía, sino también al comercio mutuo del trato y conversaci6n entre cristianos; pero cuando se trata de tres clases de comuni6n, es aplicable únicamente al primer sentido.

Sabido esto, la comuni6n eclesiástica no era otra cosa que la percepci6n de la Eucaristía por los ministros de la Iglesia; y había tantas especies de comuni6n eclesiástica cuantos son los órdenes de la jerarquía de la misma. En este supuesto, la comuni6n laica era la percepci6n de la Eucaristía por los legos. De aquí el que se diera también el nombre de comuni6n laica á la que percibían los eclesiásticos, castigados por algún enorme delito cometido; y la razón está, en que á semejantes ministros se les obligaba comulgar entre los simples fieles, quienes lo efectuaban fuera del presbiterio. De esto deduce felizmente el cardenal Bona (3), que la comuni6n laica que para los legos era una prerrogativa de honor, para los eclesiásticos era de confusi6n y vergüenza, pues mientras percibían este modo de comuni6n, que era durante todo el tiempo que les restaba de vida (4), se hallaban enteramente privados del ministerio sacerdotal.

La primitiva Iglesia concedió la comuni6n eucarística á los fieles peregrinos y á los extraños, sin que le constasen otras razones que la de que fuesen católicos. Pues bien; cuando en la antigüedad, un obispo, un presbítero ú otro ministro eclesiástico pasaba á otra diócesis sin letras co-

(1) Carm. X.

(2) Can. 28.

(3) Rerum liturg. lib. II, cap. 20, §. V.

(4) Antiquit. Christian. institut. lib. III, cap. 9, §. 4.

mendaticias, ó *Formadas*, no era admitido al ejercicio del sagrado ministerio hasta que no las presentase de su propio Pastor ó constase por otro medio su procedencia y legitimidad; mientras tanto se ejercían con él los oficios de caridad y se le permitía estar, no como á clérigo, pues no le recocían por tal, sino como á lego entre los fieles, para la recepción de la Eucaristía. De aquí se podrá venir en conocimiento del origen de la comunión llamada *peregrina*.

Hubo varios autores que explicaron este género de comunión en otros sentidos, pero nosotros nos atenemos á los más respetables, como Sirmondo (1) y Albaspinco (2), á quienes siguen los respetabilísimos Bona (3) y Selvagio (4).

- (1) In histor. publicæ pænitent. cap. ult.
 (2) Lib. I observat.
 (3) Loc. cit. §. VI.
 (4) Loc. cit.

CAPÍTULO XII

La Eucaristía en los campos, en las naves y en los establos

SUMARIO

185. Celebración del Santo Sacrificio en estos lugares.—**186.** ¿Qué motivos había para celebrarlo?—**187.** Refiérense algunas particularidades tocantes á la persecución vandálica.—**188.** Otros por menores.

185. El cristiano que, amante de la Eucaristía, sigue las benditas huellas de sus primitivos hermanos en la fe, descubre monumentos tan sagrados, que apenas se atreve á escudriñarlos; encuentra hechos tan incontestables, que le llenan de terrible pasmo; halla grabadas con caracteres indelebiles unas costumbres tan inauditas, que, puestas en imparcial parangón con las actuales, encienden una llama en el pecho, que pretende devorar los hábitos menos santos y los sentimientos más indiferentes. Colocado el espíritu investigador en medio de los primitivos tiempos de la Iglesia, y á la vista de la conducta de los primeros cristianos, comprenderá entonces la heroica virtud que poseían y el indestructible amor que profesaban al Augusto Sacramento de nuestros altares. Preciso es subir á un ideal minarete para ver pasar desde allí á los primitivos cristianos que, ora se encaminan á los campos, á las catacumbas ó desiertos; ora son llevados por el nombre de Cristo á las tenebrosas cárceles, ora en fin, son acompa-